

Lectio inauguralis del año académico 2012  
A cargo del Dr. Guzmán M. Carriquiry Lecour

## **La dignidad, razonabilidad y belleza de ser cristiano. Implicaciones para la Universidad**

### **La emergencia educativa**

Educar no ha sido nunca una tarea fácil. Pero hoy cualquier tarea educativa parece cada vez más ardua y frágil. Por eso, el papa Benedicto XVI ha acuñado la referencia a una “emergencia educativa”, para señalar la creciente dificultad que se encuentra para transmitir a las nuevas generaciones los valores fundamentales de la existencia, las normas de un correcto comportamiento y objetivos convincentes sobre los cuales construir la propia vida, tanto a nivel personal como a nivel social. Esta emergencia involucra no sólo a gobiernos y sus ministerios de instrucción pública sino también a todas las instancias educativas, de la familia a la escuela, de la universidad a los medios de comunicación social, de la Iglesia a las diversas tradiciones religiosas. Honra al Presidente de la República, don José Mujica, haber puesto esta emergencia educativa entre sus preocupaciones y prioridades para bien del país, y a todas las fuerzas políticas de concordar en este propósito.

La educación es, según la excelente definición de Josef A. Jungmann, “la introducción a la realidad, en definitiva a la realidad entera”, es decir, a la realidad de la condición humana, de la propia persona, a la realidad de los otros en los círculos concéntricos de las relaciones sociales, a la realidad del cosmos y la historia. Y esto, con y desde la reapropiación crítica y siempre actualizada de la tradición (o sea, de lo que se transmite como patrimonio de generación en generación). ¿Cómo transmitir, pues, a las nuevas generaciones razones, ideales y conductas para afrontar toda la realidad y, en especial, para vivir y convivir, estudiar y trabajar, amar, luchar y esperar, asumir los sacrificios necesarios y crecer en humanidad, desarrollar las propias potencialidades y servir a la comunidad?

### **Grandes debates nacionales sobre la educación**

Cenicienta de los grandes debates y programas políticos, la educación es, sin embargo, cuestión capital para el futuro de las sociedades actuales. Ya hay abundancia de estudios y retóricas sobre el advenimiento de la sociedad del conocimiento, en la que se destaca la importancia fundamental del “capital humano” para la proyección de la persona, la inversión de las empresas y el desarrollo de las naciones. Si evitamos ese tufillo economicista, podríamos referirnos a la riqueza humana integral de la persona. No sólo se trata de la relación directa existente entre productividad y calidad de la formación, sino que ésta tiene mucho que ver con la calidad de vida personal y colectiva. En tiempos propicios de crecimiento económico y disminución de la pobreza en América Latina, uno de los déficit mayores que arrastran nuestras sociedades reside en una educación muy insuficiente, que deja marginados, abandonados o descuidados a muchos niños y jóvenes por el camino, con notorio déficit afectivo y cultural en las nuevas generaciones, una educación descompasada

respecto a los ritmos, exigencias y desafíos de sociedades complejas, incluso con grandes dificultades para motivar e implicar a los mismos estudiantes. A veces se tiene la sensación de que la generación de adultos sufre la tentación de abdicar de la responsabilidad educativa, impotentes ante la tarea, dejando un tendal de huérfanos, sin padres ni maestros verdaderos. Más que la familia, lamentablemente muy disgregada y agredida, y más que las instituciones de enseñanza, por lo general muy descuidadas, los jóvenes terminan siendo conformados por el potente influjo de los medios de comunicación social. Éstos, mediante la proliferación ininterrumpida y caótica de imágenes e informaciones, bombardeando con millones y millones de estímulos de todo tipo, tienden a reducir y confundir la razón y la afectividad, la libertad y la responsabilidad.

Ello desmonta, además, la idea antinatural y absurda de que cada uno, privadamente, cuando con madurez de discernimiento, decida su posición humana y religiosa, sin que su decisión tenga que estar condicionada por los influjos educativos de padres y maestros. La educación es por cierto camino de formación respetuosa y amorosa de una auténtica libertad, que tendrá que ser puesta en juego como verifica crítica de la tradición —es decir, de lo que se le trasmite como afectos, valores, conocimientos e ideales— desde la gestación misma de la persona.

La educación requiere, más que nunca, grandes debates nacionales, más allá del burocratismo conservador de monopolios y corporaciones, que involucren a las instancias políticas, educativas y culturales, así como a los padres de familia, cada vez más preocupados por la educación de sus hijos, y los mismos jóvenes, sea que se expresen con protestas y transgresiones o con anestesiada indiferencia.

Se necesita una revolución cultural para tomarse en serio la educación y ponerla como primera prioridad. Hay que estar convencidos de que no hay mejor inversión, ni mayor riqueza, ni capital más productivo y rentable, que aquél que despierta y cultiva la humanidad del hombre, que lo hace crecer en la autoconciencia de su vocación, dignidad y destino, que lo ayuda a realizarse en su triple e inseparable dimensión de persona, trabajador y ciudadano. La auténtica riqueza de una nación radica en sus hombres y mujeres, en la dignidad de su razón y libertad, en la calidad de su formación, en su capacidad de iniciativa empresarial y creativa, en su virtud de laboriosidad y en su empeño de construcción solidaria.

### **Necesidad de una hipótesis educativa**

Para servir efectivamente como introducción crítica en la realidad, la educación necesita una hipótesis de trabajo, o mejor aún, una hipótesis de significado, que, en su propuesta unitaria y conductora, movilice las inteligencias, afectos y libertades de docentes y estudiantes para confrontarla con toda la realidad y verificarla en la propia vida. Si no existe esa hipótesis educativa, no hay verdadera educación. Es obvio que una educación que se reduzca a transmitir determinadas informaciones, habilidades o capacidades, por acumulación fragmentaria de datos y técnicas, es incapaz de obtener buenos resultados, no obstante que se modernice con la positiva incorporación de medios tecnológicos, metodologías pedagógicas y nuevas materias de enseñanza.

El gran reto de la educación es devolverle la posibilidad de decir algo serio sobre qué es el hombre, qué es el conocimiento, cuál es el sentido de la vida y como puede

vivirse una vida lograda, fecunda y feliz. No hay verdadera educación sin una concepción de la verdad y bien de la persona y la sociedad. La educación es prueba de fuego para verificar las hipótesis educativas más adecuadas.

### **Anhelos y preguntas del ser humano**

¿Por dónde comenzar, pues? La etimología de la palabra educar es ya de por sí indicativa: viene de su raíz latina (“ex ducere”) que significa exactamente “conducir fuera”, “traer para afuera”, “tirar para afuera”, casi “dar a luz” lo que tenemos “in nuce”, en embrión, ya dentro de nosotros mismos. ¿Y que hay más de verdaderamente humano, en todas las edades del hombre, en todos los pueblos, culturas y civilizaciones a lo largo de la historia, que la sed de verdad, un anhelo de felicidad, una exigencia de justicia y un deseo de amor que anidan, indestructibles e inextinguibles, en el corazón de toda persona? Y digo “corazón” para referirme a lo más íntimo y determinante del ser humano, que es ese conjunto original de evidencias, deseos y exigencias que constituyen su razón y afectividad. No nos introducimos en la vida como tabla rasa ante la realidad. Llevamos cada uno consigo como una dote, con la que la naturaleza nos lanza al afrontamiento de la realidad de nosotros mismos, de los otros, de la historia, de las cosas, dándonos – como instrumento para esa confrontación universal – ese ímpetu original con el que todas las madres dotan del mismo modo a sus hijos. La exigencia de verdad - o sea, de sentido de la vida y significado de toda la realidad -, la exigencia de felicidad, como plena realización de sí, del cumplimiento de las potencialidades humanas de la persona -, la exigencia de justicia, es decir, de respeto y realización de la común dignidad humana – y, en definitiva, la exigencia de amor, de gratuidad y reciprocidad en el don de sí, constituyen el rostro último, la energía profunda y la trama con que los hombres de todo tiempo y lugar ponen en juego su humanidad, afrontan con seriedad su propia vida y se mueven en relación a todo lo que viven y encuentran.

Estos anhelos y exigencias se vuelven preguntas inquietantes, a veces auténticos clamores, que la condición humana lleva consigo y expresa en los más diversos entramados y circunstancias de la existencia. ¿De dónde provengo y adonde voy? ¿Cuál es el significado último de la existencia? ¿Cómo reconozco y defino mi “yo”? ¿Cuál es el sentido de mi vida personal? ¿Cuál mi vocación, mi camino, mi destino? ¿Y los de mi país? ¿Y los de la humanidad entera? ¿Porqué el dolor, por qué el sufrimiento, por qué la muerte? ¿Cómo llegar a ser felices? ¿Vale la pena vivir realmente y en qué invertir su valor? En estas preguntas y clamores está en juego nuestra vida.

El “corazón” del hombre está inquieto hasta que no encuentra respuestas plenamente satisfactorias. La razón, que es exigencia de un significado total, apertura a la realidad en la totalidad de sus factores, no puede contentarse con censuras y distracciones, con escapismos superficiales, escepticismos cínicos o desesperaciones frustrantes.

El ser humano está hecho de infinito. Esos deseos y exigencias de su “corazón” no admiten confines. Queremos la verdad entera sobre las cosas, desde los indomables e ininterrumpidos “por qué” que nos acompañan desde la infancia hasta las investigaciones y el progreso de las ciencias, las reflexiones de la filosofía, los vuelos profundos de la poesía, las tradiciones religiosas. Sabemos que todo dato particular

adquiere su verdadera luz desde sus conexiones, lo que mueve la razón por el rigor y exigencia de la totalidad, en la búsqueda incesante e interminable de la verdad. Queremos ser totalmente felices, sin que se trate de una experiencia pasajera, interrumpida y empañada por dolores, sufrimientos y fracasos. Nos rebelamos ante las injusticias en las que personas, grupos sociales y pueblos enteros quedan sometidos a la opresión, a la explotación, a la exclusión de los bienes destinados a todos, sobre todo del bien de la propia vida, de la propia dignidad. Queremos construir un mundo en que reine definitivamente la justicia, en el que se conviertan las espadas en arados y acaben las guerras, tiranías y esclavitudes. Queremos amar y, sobre todo, ser amados, con un amor que abrace toda nuestra humanidad, que supere todo límite, que sea más fuerte que la muerte, un amor sin fin, total, un amor para siempre.

Toda verdadera educación “tira afuera” de la persona esos anhelos y preguntas, cultivando su auténtica humanidad. La escuela o universidad que no suscita esa provocación de lo más humano y no intenta proponer respuestas satisfactorias queda monca en su servicio educativo.

### **Abrirse a la amplitud de la razón**

Sin embargo, la sociedad del consumo y del espectáculo opera como gigantesca modalidad capilar de distracción y censura, de “divertissement”, para intentar vanamente desarraigar del “corazón” del hombre esos anhelos y preguntas, para banalizar la conciencia y experiencia de lo humano, para mantenerlo en la superficialidad de la facilonería y evasión. Es el nuevo opio del pueblo, que “educa” temperamentos frágiles, desconcertados, inciertos, reducidos a una haz de sensaciones y reacciones dentro de una existencia fragmentada, privada de sentido, cada vez más confundida entre realidad y ficción, despotenciados de sus deseos más profundos y verdaderos, sumido en una indiferencia respecto de sí y de los demás. Se vive así dentro un entorno social percibido como de soledades de masa, cuya cohesión resulta más de la sucesión efímera de imágenes y percepciones, tal como las transmiten los medios de comunicación, que de vínculos y pertenencias solidarias y de la conciencia de una tradición y destino comunes.

Es insidioso y deletéreo que se pretenda reducir y desplazar estos anhelos y preguntas, incluso negándoles carácter racional y pertinencia educativa, para recluirlas en lo subjetivo arbitrario, en lo irracional, en el orden de los sentimientos, en las opciones privadas de un multiculturalismo tolerante.

¿Acaso la razón se reduce sólo a la racionalidad científica? Se afirma, en efecto, que sólo la sinergia entre matemática y verificación empírica podría ser documento acreditativo de científicidad, incluso de la misma racionalidad. También las ciencias humanas tienden a aproximarse a este canon de valor científico. Sin embargo, esta reducción metodológica, que está llena de sentido, más aún, que es necesaria en el ámbito de la ciencia empírica, cuando pretende ser la única vía de acceso al conocimiento, conduce a la reducción de la razón según ideología racionalista, positivista, y a erigir un muro contra la cuestión de la verdad y, por consiguiente, del bien del hombre. Elimina el interrogante último sobre el hombre y las cosas. Se muestra incapaz de pasar de los fenómenos al fundamento, del saber a la sabiduría, del “bricolage” de datos fenoménicos a una mirada más profunda y unitaria de la realidad en la totalidad de sus factores. ¿Quedarían calificados como “tontos” los más

grandes pensadores y poetas de toda la humanidad cuando empeñaron toda la vida con preguntas y anhelos que serían incluso ajenos a lo racional? ¿Qué motivación puede empeñar existencialmente las energías de los docentes y estudiantes, más allá de la retórica sobre el “deber” o el afán utilitario, si esas preguntas y anhelos que son decisivas para su vida quedan fuera de la educación, porque no pertinentes?

¿Quién no reconoce, sin reservas, lo que tiene de tremendamente positivo los progresos de la humanidad gracias a las investigaciones científicas y sus aplicaciones tecnológicas? Pero sus extraordinarias conquistas llaman a abrirse a la amplitud de la razón, a su dignidad y grandeza, sin ponerle confines ideológicos, liberándola de su unidimensionalidad cientista, utilitaria, instrumental.

Sabemos, por una parte, que la razón científica moderna basa su método en la aceptación de la estructura racional de la materia y, por consiguiente, en la correspondencia entre el espíritu humano y las estructuras racionales que actúan en la naturaleza como un dato de hecho. Ahora bien, la cuestión de por qué existe ese dato de hecho, esa correspondencia sorprendente que está en la base de las ciencias empíricas, es una pregunta muy racional que desborda el ámbito de las ciencias naturales y que se plantea a otros niveles del pensamiento y conocimiento, como el de las indagaciones filosóficas y las tradiciones religiosas. No en vano, el impresionante desarrollo científico actual jamás ha estado tan incierto respecto de sus fundamentos y criterios hermenéuticos, sea en los campos de la física, la biología, las ciencias humanas.

Por otra parte, admiramos que los conocimientos del hombre y su dominio sobre la materia han aumentado de manera inimaginable, pero, a la vez, no podemos desconocer que plantean cada vez más preguntas inquietantes y justificados temores. ¿Cómo podemos olvidarnos de Auschwitz e Hiroshima, de Chernobyl y de la crisis nuclear en Japón, de la potencia destructiva de armas biológicas y nucleares, del descontrol irresponsable en la explotación de los recursos naturales y de la contaminación del medio ambiente, de la contradicción entre ese impresionante dominio de la naturaleza y el hambre de multitudes? Muy inquietantes aún son las posibilidades de auto-construirse como un producto más que el hombre ha adquirido mediante modalidades de manipulación, a veces salvaje, en la que poderes difícilmente controlables tienden a condicionarlo desde la constitución genética hasta los contenidos de la conciencia. El legítimo orgullo de experimentar adelantos científicos y tecnológicos que, como nunca antes, alcanzan no sólo el microcosmos, la vida en el planeta y los recursos naturales, sino también la propia biología humana, lleva consigo el riesgo de no reconocer otros límites que no sean los de la propia factibilidad tecnológica –¡si se puede hacer, se hace!– subordinando así la antropología, la cultura y los valores de la sociedad a las necesidades funcionales de su propio desarrollo. De tal modo que si el único criterio es el de la factibilidad, el de la utilidad, todo está permitido, sin reconocer ni presupuestos naturales ni éticos que surgen de la dignidad irreductible de la persona humana, de su señorío sobre la técnica para orientarla al bien de la persona, las naciones, la humanidad entera. Todo ello demuestra que al progreso de la ciencia y de sus innovaciones tecnológicas no ha correspondido un desarrollo equivalente de nuestras energías morales. ¿Pero acaso las consideraciones morales son sólo preferencias individuales irreductibles a cualquier fundamentación racional y servicio educativo?



## Pasión por la verdad

S.S. Benedicto XVI ha planteado magistralmente en su discurso en la Universidad de Regensburg, y lo ha desarrollado en numerosas ocasiones, este desafío y exigencia de ampliación de la razón, que es pasión rigurosa por la totalidad, reconociendo una multiplicidad de caminos del espíritu humano, según métodos de conocimiento plurales correspondientes a la diversidad de objetos materiales e inmateriales a los que se refiere. No cabe considerar sólo una razón matemática, calculadora, funcional, sino también la que se expresa en las creaciones artísticas, en las consideraciones éticas, en las indagaciones filosóficas, en las tradiciones religiosas... todos caminos tendidos a la búsqueda de la verdad.

La aversión que la cultura dominante de la sociedad del consumo y el espectáculo difunde acerca de los interrogantes fundamentales de la razón es una gran pérdida para lo humano.

Hay quienes rechazan toda pretensión de verdad por el riesgo de que genere fanatismo y violencia. ¿Y cómo no recordar al respecto confusiones entre trono y altar, inquisición, totalitarismos confesionalmente ateos, fundamentalismos religiosos e ideológicos, es decir, patologías de la razón y la religión? Y es bueno recordarlo, porque la violencia es lo contrario de la verdad, pues ésta sólo se comunica por su intrínseca fuerza de atracción, por su propia luz. En el cristianismo, la caridad es la legitimación de la verdad y nos muestra qué es la verdad. Nadie recuerda, en cambio, que sin la aspiración a la verdad y la confianza en la posibilidad de conocerla no habrían existido ni Sócrates, ni Galileo, ni Newton, ni Einstein; no hubiera habido ni filosofía, ni ciencia, ni progreso. La tolerancia, que nació originariamente para garantizar la libertad del individuo en la búsqueda de la verdad, sin imposiciones ni violencias, se ha convertido insensiblemente en una renuncia a ésta.

Si no existe verdad alguna que pueda ir más allá del juego subjetivo de preferencias individuales, si los juicios de valor sobre el bien y el mal, la verdad y el error, la justicia y la injusticia, quedan confinados en el campo de las meras opiniones, si no hay fundamentos ni criterios de discernimiento para una vida verdadera y feliz, queda sólo el reino de un individualismo salvaje sobre la base de estados de ánimo, pulsiones emotivas e intereses, sobredeterminados por quienes tienen el poder tremendo de la comunicación y el control social. Desaparece también la posibilidad de un patrimonio de valores compartidos en condiciones de generar fuertes vínculos de pertenencias solidarias. Si todo se equivale en el mercado de las opiniones, todo resulta indiferente. Los efectos se perciben diariamente en una vida social y política que parece no saber darse grandes metas e ideales que perseguir.

No es posible vivir humanamente, y menos aún educar, sobre la base de este relativismo escéptico, que resbala hacia un nihilismo. Ningún docente o alumno podría pretender tener "su verdad" sobre las leyes de la termodinámica o el resultado de la batalla de Waterloo. Pero hay algo más que eso. Si no existiera una diferencia fundada entre lo verdadero y lo falso, ¿en nombre de qué cosa podría la institución escolástica proponerse ayudar a los muchachos a desenmascarar las ilusiones de la publicidad, las falacias de las ideologías, la aceptación sin crítica de las modas, el fanatismo de los fundamentalismos o las supersticiones e idolatrías? Si no hubiera diferencia entre

lo real y lo que no lo es, entre lo que vale y lo que no vale, ¿sobre la base de qué criterios debería adquirirse y ejercerse el sentido crítico?

Este es el callejón sin salida de la soberbia auto-referencial del individuo, sin vínculos, normas y límites, alimentada por una cultura relativista y hedonista por la que los propios deseos pretenden ser convertidos en derechos, aunque se trate de crímenes abominables contra la vida como es el caso del aborto. Curiosa paradoja de una democracia que se basa sobre el relativismo ético, que niega en vía teórica una verdad ontológica del hombre, pero permite al poder dictar, a través de sus leyes y su administración, una propia ontología, antropología y “ética”, contrabandeando como libertades lo que son atentados contra el primer derecho, que es el derecho a la vida, y a la vida de los más indefensos. Resulta al menos sorprendente que quienes se pronuncian muy críticos de las estrategias económicas ultra-liberales, se vuelvan propugnadores de los sub-productos decadentes y regresivos del ultraliberalismo en el campo de los comportamientos, caracterizado por un individualismo salvaje, disgregador del tejido familiar, social y cultural de los pueblos.

De tal modo se resbala hacia la desembocadura en el nihilismo, vivido son *pathos*, aparentemente desdramatizado, como práctica de vida apática y dispersa, suprimiendo el inquieto *cor deum* agustiniano, en una persona reducida a simple producto de la naturaleza y eslabón de la cadena biológica, en la que al fondo del yo y las cosas queda sólo la nada. ¿Qué persona se puede educar y construir sobre tal base, cuáles energías de transformación social?

Sus mayores víctimas se encuentran entre los jóvenes. La aridez del corazón, el desierto emotivo, el desinterés por el estudio, la exposición pública de la propia intimidad, la seducción de las drogas, el consumo compulsivo y precoz de la sexualidad convertido en pasatiempo, los gestos extremos de violencia, incluso el aumento significativo de suicidios, son los gritos de tantos huérfanos de padres, maestros y educadores. No se les puede responder sólo con llamamientos retóricos a los valores cívicos, con referencia a la legalidad y a la disciplina. Es demasiado poco y vacío para la profundidad dramática de ese grito, del que somos todos responsables. ¡Debemos proponer respuestas que lleguen al corazón y conmuevan la inteligencia y la afectividad!

Tiene razón el Papa Benedicto XVI cuando afirma que la emergencia educativa es inevitable en una sociedad y en una cultura en las que, por una parte, las grandes narraciones ideológicas han perdido credibilidad y se arrastran en anacronismos retóricos, sin despertar ni alimentar una “mística” y, por otra parte, difunden un “relativismo” escéptico como su propio credo, incluso como una especie de dogma, rehuyendo a afrontar la cuestión capital de la verdad y el bien de la persona. No es jamás anacrónica la confianza en buscar y encontrar la verdad: es lo que mantiene al hombre en su dignidad, lo que exalta la razón, lo que conmueve la libertad, lo que rompe los particularismos, lo que conduce a los hombres al encuentro más allá de los confines de las respectivas culturas en virtud de esa común dignidad.

### **El Misterio en el vértice de la racionalidad**

Sin embargo, es tarea vana pretender desarraigar de lo humano esos anhelos y preguntas, desplazarlas y censurarlas, quitarles dignidad racional. Ellas tienden a

emerger prepotentes, sobre todo en la fase de la transición juvenil. Y cuanto más laten estos deseos y preguntas en el “corazón”, cuanto más se percibe su alcance totalizante, cuanto más arde la exigencia y más se levanta el clamor por respuestas y realizaciones totales de esos anhelos, tanto más se sufre la desproporción humana, la limitación de las capacidades humanas para alcanzar tal completa satisfacción. No logramos alcanzar toda la verdad, toda la felicidad, toda la justicia y todo el amor que ansiamos naturalmente, íntimamente, infinitamente, sólo con nuestras fuerzas limitadas y desordenadas. Todo nuestro ser busca una respuesta y satisfacción últimas que están más allá de lo que se nos ha dado experimentar humanamente. Sería antinatural, irracional, inicuo, que esos deseos y exigencias que constituyen nuestro ser quedaran condenadas a la frustración. La vida no es, ¡no puede ser!, una “pasión inútil”, como escribía Jean-Paul Sastre. No son anhelos arbitrarios; apuntan a un más allá, claman por un más allá. Nuestra razón y afectividad tienen una necesidad última, imperiosa, de verdad y felicidad, justicia y amor, que claman por su realización. La espera es la misma estructura de la naturaleza humana, la esencia del alma; la vida es promesa que espera y suplica su realización. Tal es el camino de una razón sin confines, estructuralmente tendida hacia el Misterio, clamor y demanda de significado total, búsqueda interminable de la verdad ante la provocación inagotable de la realidad. En el vértice de la racionalidad se da esta apertura al Misterio, es decir, al reconocimiento lleno de estupor de la existencia de un Misterio inalcanzable del que depende la vida y el destino del hombre.

Sólo la hipótesis Dios, sólo la afirmación del Misterio como realidad que existe más allá de nuestra capacidad meramente humana, resulta correspondiente a la estructura original del hombre, a la dignidad de nuestra razón. Es el mismo Dios, que puso esos anhelos en el corazón del hombre - creado a su imagen y semejanza -, que viene al encuentro del hombre, en la historia, para comunicarle la certeza y la promesa de su plena realización. La culminación de la historia del diálogo de Dios con el corazón del hombre es cuando el Misterio que ha hecho todas las cosas, en el que todo consiste y subsiste, el Dios buscado y deseado por el hombre durante todos los tiempos y en todas las culturas y religiones, el Misterio hacia el cual el hombre ha tendido los puentes de la imaginación, la razón y la oración, se hace hombre, irrumpe en la historia, en un tiempo y lugar determinados, en un instante decisivo para toda la vida del mundo y del cosmos entero.

### **Identidad del primado del amor y del primado de la verdad**

¡El *Logos* se hace carne! En Jesucristo, el primado del *Logos* –de la Suprema razón creadora– y el primado del amor se revelan idénticos: verdad y amor coinciden como fundamento y destino de toda la realidad. La Sabiduría que se manifiesta “en el principio” como el Espíritu creador que llama a toda la realidad de la nada a su existencia, sosteniéndola en ella en virtud de las estructuras racionales que actúan en su interior, se convierte en sabiduría encarnada que corresponde y satisface sobreabundantemente las exigencias más hondas de verdad, bondad, belleza y justicia que surgen de la condición racional del espíritu humano. Es un amor creador que llega a ser compasión por la propia criatura. Nadie tiene un amor más grande de quien da la vida por sus amigos, cargando sobre sí, víctima inocente en la libre obediencia al designio de su Padre, el peso inaudito del pecado del mundo, de ese virus arraigado en la persona que desordena, ofusca y reduce su humanidad, que infecta sus estructuras de relacionamiento y convivencia, que conduce a la muerte. El



mal no tiene más la última palabra. La muerte ha sido vencida. La gracia de Dios nos libera de la esclavitud del pecado y sostiene la realización de nuestra libertad en vínculos de amor, en la búsqueda y adhesión a la verdad, en la lucha por la justicia, que han de presidir nuestra vida, y cuyos frutos serán purificados, recapitulados y llevados a plenitud en “los cielos nuevos y la tierra nueva” de los resucitados. Con Jesucristo se revela el verdadero rostro de Dios y, a la vez, el rostro del destino humano, la naturaleza del significado último de nuestro ser.

Por la fe, confesamos y experimentamos que Jesucristo es el Verbo de Dios encarnado, la realización de la promesa del Amor misericordioso y redentor, la presencia definitiva de Dios entre nosotros; es el camino, la verdad y la vida, sobreabundante respuesta y, a la vez, totalmente satisfactoria, a los deseos y exigencias del “corazón” de la persona humana. Sólo el Dios que se ha hecho finito para quebrantar nuestra finitud y conducirla a la dimensión de su infinitud, está en condiciones de responder a las exigencias de nuestro ser. No hay texto más citado en el magisterio del Siervo de Dios, Juan Pablo II, que aquél de la *Gaudium et Spes*: “En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece a la luz del Verbo encarnado”. El Dios hecho hombre, Jesucristo, el “nuevo Adán”, el “hombre perfecto”, “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”. Entonces, afirmó Benedicto XVI en la homilía de la misa inaugural de su pontificado, “quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande (...). Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana (...). Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a Él recibe el ciento por uno”.

### **“Yo soy la verdad”**

¿Qué es la verdad? se preguntaba Pilatos y se preguntaron y siguen preguntando los hombres de todo tiempo y lugar. ¿Acaso una ideología, una filosofía, una gnosis para iniciados? ¡No! No una idea, sino una Persona, el acontecimiento histórico de una Presencia sorprendente, extraordinaria, que tiene la osadía de afirmar de sí mismo: “Yo soy la verdad”, pero también el camino para vivir una vida verdadera. “Yo soy la verdad”, Yo la verdad del cosmos y la historia, Yo la clave más radical y total de la realidad, Yo el significado y destino de la existencia humana, Yo el sentido de tu vida.

Esta pretensión de verdad, de ser la religión verdadera, de verificar su verdad en la vida por medio de la caridad, y especialmente por su amor de predilección a los pobres y a los que sufren, es lo que desde el origen dio fuerza atractiva al cristianismo, proponiéndose en su universalidad, destinada a todos los hombres y pueblos. El Cardenal Josef Ratzinger ha destacado cómo en el cristianismo ha asumido y exaltado la racionalidad, venerando un Ser que se encuentra en el fundamento de todo lo que existe, el Dios verdadero. La afirmación del prólogo del evangelio de San Juan “En el principio existía el *Logos* y el *Logos* es Dios” - selló ya un premisa de síntesis entre la fe bíblica y la filosofía griega, que era el más alto nivel de racionalidad y sabiduría de su tiempo. El cristianismo ha sido victoria de la desmitologización, de la desacralización de la naturaleza y del poder, de la crítica del panteón de divinidades e idolatrías, la victoria de la inteligencia sobre el mundo de las religiones. “No actuar según la razón, no actuar con el *Logos* - afirmó el Papa en Regensburg - es contrario a la naturaleza de Dios”. El cristianismo es todo lo contrario de un credo quia absurdum, de una gnosis para iniciados, de espiritualismos sedativos

y reconstituyentes ante el estrés de la vida. Se destaca y se propone en su razonabilidad, como método de conocimiento y no como mero sentimiento o emoción religiosas. Su método no es por cierto el de la verificación según la experimentación y la lógica físico-matemática, sino el del testimonio. Jesucristo ha dado testimonio del designio salvador, redentor, del amor misericordioso del Padre, y sus apóstoles han dado testimonio de su muerte y resurrección, de su Presencia viva en la compañía de sus discípulos (que "hemos visto, tocado, oído..."), en una cadena ininterrumpida de testimonios de su Presencia en la *traditio* de la Iglesia, desde el testimonio apostólico hasta el testimonio actual de los cristianos.

El testimonio tiene toda la dignidad de método de conocimiento. ¿Acaso no sabemos de la existencia de Alaska y de un sinnúmero de realidades de las que no tenemos experiencia empírica de conocimiento directo, pero que acogemos como verdaderas gracias a testimonios que consideramos fidedignos y creíbles?

El auténtico educador es siempre un testigo porque no transmite asépticamente los contenidos de su materia de enseñanza sino porque vuelca en ello también su propia humanidad, su sabiduría, su competencia, su reapropiación crítica de la tradición, comprometido personalmente con la verdad de lo que propone como enseñanza. A mayor razón, el educador católico no puede dejar de ser testigo de Cristo en todo lo que enseña con rigor racional y competencia profesional, comprometido con la verdad que estructura el conocimiento y la coherencia de su vida. Los jóvenes siguen más a los testigos que a los maestros -afirmaba el papa Pablo VI-, y, por ello, los testigos se convierten en los mejores maestros. En efecto, para crecer verdaderamente los jóvenes necesitan encontrar educadores que le transmitan no sólo competencias eruditas o profesionales - ni padres que sólo le ofrezcan alojamiento y comida -, sino una sabiduría de vida, un método para afrontar la realidad, un conocimiento que conmueva inteligencia y afectividad, un ejemplo atrayente de virtudes, un modelo de humanidad, con pasión por acompañarlos de cerca, con amor y paciencia, respetuosos de su libertad, comunicándoles lo mejor de sí mismos.

### **La inteligencia de la fe como inteligencia de la realidad**

Ahora bien, si confesamos que Dios es lo más real de toda la realidad y que Jesucristo revela el significado profundo de la existencia humana y de la historia, nada de lo humano puede serle ajeno. El cristianismo es un conocimiento nuevo, una nueva percepción y una nueva praxis respecto de la realidad. La inteligencia de la fe ha de ser, pues, inteligencia de toda la realidad, capaz de unificar los más variados campos del conocimiento en el respeto de sus métodos propios, estableciendo mediaciones y conexiones adecuadas mediante el pensar filosófico. Ésta es una tarea ingente de integración de saberes, que incluye y va más allá de la interdisciplinariedad, que requiere ir superando un legado de incomunicaciones e incomprensiones en el que la fe corrió y corre el riesgo de convertirse en "fideísmo" y la razón en racionalismo (o la ciencia en cientismo). A nosotros, cristianos, que hemos recibido el don de la revelación de Dios por el flujo de esa tradición viva de cadena de testimonios y que la hemos experimentado como verdadera en nuestra vida, nos toca, ¡nada menos!, que proponerla como hipótesis de "sentido", también como hipótesis educativa, demostrando su razonabilidad y, a la vez, auscultando, discerniendo e integrando las múltiples aproximaciones a la verdad que se dan en la aventura humana, aprendiendo también de ellas. Quienes no crean en ella, al menos tienen que aceptarla como

hipótesis. Rechazar a priori una hipótesis sería irracional. Pretender imponerla sin más sería violenta. Esta hipótesis es la certeza de fe que debe animar a los cristianos en todas las dimensiones de la vida personal, de la tarea educativa y de la convivencia social, que no los exonera por cierto de auscultar los "signos de los tiempos", de apreciar los auténticos y notables logros en los campos científicos y sociales y emprender diálogos a 360 grados, elaborando síntesis culturales siempre provisorias para colaborar con todos los que buscan la verdad y el bien de la persona y de los pueblos. Nosotros, que hemos encontrado por el don de la fe, seguimos siempre buscando...

Dicho de otro modo - con palabras de un sorprendente uruguayo y gran latinoamericano, el laico católico más genial de la segunda mitad del siglo XX en nuestro continente, mi querido maestro Alberto Methol Ferré - se puede afirmar que "la teología, si no es la máxima ciencia humana, se vuelve históricamente prescindible (...) Aclaremos las cosas a fondo: si Cristo no ilumina toda la historia del hombre, si no introduce una inteligencia mayor de la historia en cuanto emancipación de la libertad y reconocimiento del hombre con el hombre, si no contribuye a un más profundo conocimiento de la naturaleza, de la historia, de la sociología, sería mejor dar la espalda a un Dios tan superfluo". Si incluso en el orden de la razón natural, suponemos que Cristo y la Iglesia son el centro de la realidad histórica, formaremos un concepto de esa realidad muy distinto a si suponemos lo contrario. Si se parte de esa hipótesis, dejar entre paréntesis a Cristo y su Iglesia, o desplazarlo al ámbito de las opiniones subjetivas, vulnera toda la lógica efectiva de la realidad, la descentra, la empobrece constitutivamente, en su ser mismo. Esto lo puede aceptar cualquier incrédulo, en el terreno de las hipótesis y de sus consecuencias lógicas. Pero para nosotros, los cristianos, más que hipótesis, es lo más real de la realidad misma, como lo subrayó el papa Benedicto XVI en su discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida. Si la realidad objetiva se centra en Cristo, ¿sería neutralidad, sería objetividad, no considerar a Cristo? El conocimiento pide objetividad, verdad, no neutralidad. Neutralidad es postular efectivamente, implícita o explícitamente que la realidad carece intrínsecamente de sentido. Sin contar, además, que las epistemologías de las ciencias naturales y las construcciones teóricas de la economía y la sociología están repletas de muchas veces juicios de valor inconfesos, de filosofías e incluso de teologías.

Demás está decir, pues, que el estudio de la teología es imprescindible en una Universidad católica, pero sería superflua si se tratara simplemente de cursos de religión agregados y paralelos a los de diversas disciplinas del saber, sin interpelaciones y fecundaciones recíprocas. Por otra parte, la teología - como inteligencia crítica de la fe e inteligencia crítica de la realidad, e incluso como inteligencia crítica de las diversas tradiciones religiosas - tendría que tener también su casa en toda Universidad que, sin otros calificativos, se digne ser realmente "universitas" del saber humano (como ya sucede en Universidades estatales de muchos países del mundo).

### **Una auténtica laicidad**

¿Acaso propugnamos un Estado confesional? ¡En absoluto! Todo Estado de confesión ideológica o religiosa lleva consigo un dinamismo de violencia contra la libertad de la persona, libertad que precede al Estado y que trasciende al Estado. Tal

es la paradoja de las sociedades democrático-liberales de nuestro tiempo: si tienen una ideología oficialmente sancionada por el Estado se vuelven autoritarias o totalitarias; en cambio, si no tienen ninguna ideología, entonces no producen los valores que necesitan para subsistir y caen en la descomposición y corrupción. Hay una base de verdad, arraigada en la naturaleza humana, en su dignidad y libertad, que no está sometida al consenso político, sino que lo anticipa, lo hace posible y debe presidirlo.

Traduciéndolo en el campo educativo, para los cristianos es imposible, pues, aceptar que se separe netamente el saber del creer, en el que el saber desconoce de hecho la centralidad de Dios y el creer queda relegado a lo subjetivo e irracional. Quienes lo aceptan sin más, muestran un cristianismo endeble o capitulador. La auténtica laicidad - desde el "dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César"-, tiene que reconocer ciudadanía, en el ámbito público, a las tradiciones religiosas, incluso a la fe en cuanto fe. Especialmente pero no sólo en el campo educativo, ha de incorporar y apreciar como patrimonio de cultura el sentido religioso de aquellos anhelos y preguntas que mueven el "corazón" de la persona humana, las tradiciones religiosas que se han propuesto como respuestas y, en especial, entre nosotros, la tradición cristiana, que es la tradición más vinculada, compartida e influyente en la vida del propio pueblo. Haciéndolo así, la educación estatal se atiene rigurosamente a una racionalidad sin confines ideológicos, a una pasión por la búsqueda de la verdad, que no propone por cierto "conversiones", pero tampoco degenera, según un laicismo radical, en el desconocimiento y rechazo apriorístico de la pertinencia objetiva, racional, educativa, del sentido y las tradiciones religiosas.

Por eso, los padres de familia que quieren realmente una educación religiosa para sus hijos encuentran dificultades muy serias en la educación en escuelas estatales en las que la religión es ignorada, o más bien rechazada y negada, o, lo que es lo mismo, reducida a lo irracional. Por eso mismo, resulta fundamental el principio de libertad educativa y de pluralidad de instituciones de enseñanza, principio fundamental para evitar todo deslizamiento hacia un Estado "ideológico", intolerante.

### **Hacia una "nueva Ilustración"**

Vale, hoy más que nunca, el conocido aforismo de San Agustín: *credo ut intelligam, intelligo ut credam*, que podría ser traducido del siguiente modo: creo para entender mejor y pienso para poder creer más y mejor. "No hay, pues, motivo de competitividad alguna entre la fe y la razón escribía el Beato Juan Pablo II en su encíclica *Fides et Ratio* -; una está dentro de la otra, y cada una tiene su propio espacio de realización". Más aún, la fe es la realización gratuita de la dinámica de la razón. No existe ni puede existir ningún tipo de contradicción entre ellas, siempre que la religión como la ciencia no degeneren en patologías excluyentes, aunque hay que tener en cuenta posibles incomprendimientos e interrogantes abiertos en el camino de sus relaciones. Fe y razón tienen un mismo origen y miran en la misma dirección: a la verdad. En cuanto se trata de dos alas de conocimiento, han de buscar su armonía. Su mutua implicación y retroalimentación puede producir frutos muy importantes para el futuro humano.

Así como Horkheimer y Adorno en su "Dialéctica de la Ilustración" concluyeron afirmando su "bancarrotas moral e intelectual" - vivir y convivir sin fundamentos termina siendo inhumano -, el Cardenal Ratzinger apunta a una "nueva ilustración" como

renovada síntesis entre la fe cristiana y la razón secular. En ese sentido ha sido muy ilustrativo y elocuente el diálogo sostenido por el Cardenal Josef Ratzinger - máximo exponente de la inteligencia católica - y Jürgen Habermas - máximo exponente del pensamiento ilustrado, filósofo de la escuela de Frankfurt, epígono del marxismo - destacando como razón y religión resultan fundamentales no sólo para los comportamientos en la vida privada sino también para aquellas actitudes fundamentales que sustentan una vida pública democrática, cuidándose en desechar sus posibles patologías, como lo son las diversas modalidades de fundamentalismo y laicismo ideológicos.

### **La belleza de la santidad, resplandor de la verdad**

Y no obstante estas exigencias que se plantean en el orden intelectual, el Cardenal Josef Ratzinger, notable académico, escribía años antes de ser elegido Sucesor de Pedro: "He expresado a menudo mi convicción de que la verdadera apología del cristianismo, o sea la prueba más persuasiva de su verdad, contra toda negación, son los santos, testigos de una riqueza inaudita de humanidad. La belleza de la fe que ha sido capaz de generar "hombres nuevos" y "mujeres nuevas", es el resplandor de la verdad.

El cristianismo no se comunica por proselitismo sino por esa fuerza de atracción de los testigos de la presencia de Cristo, cuya vida experimenta un nuevo gusto, una gratitud, una alegría, una capacidad de amor, una esperanza a toda prueba, que nada ni nadie puede apagar. El auténtico cristianismo es siempre un "más" de humanidad, de libertad, de amor, nunca un menos; y ello no obstante todas las miserias e incoherencias que, por cierto, vivimos también los cristianos, pobres pecadores mendicantes de la gracia de Dios, conscientes –y, por eso, no escandalizados– que el método de Dios sea el de comunicarse a través de todos los límites de la mediación humana.

Por eso, la cuestión capital es renovar un encuentro personal con Jesucristo, pues no se comienza ni recomienza a ser cristiano - enseña la encíclica *Deus caritas est* - "por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva". No es casual que el pontificado de Juan Pablo II haya comenzado con la invitación a abrir las puertas a Cristo - las puertas del corazón y de todos los ámbitos de la convivencia - y concluido con la de "recomenzar desde Cristo", para que su Presencia sea percibida, encontrada, seguida, con la misma novedad, con la misma realidad y actualidad, con el mismo poder de afecto y persuasión que aquel experimentado hace casi 2000 años por sus primeros discípulos a la orilla del Jordán o hace 500 años por los "juandiego" del Nuevo Mundo. Para ello, nos toca suplicar al Espíritu Santo que nos haga experimentar el mismo ardor del corazón como a los discípulos de Emaús cuando entrevieron su Presencia de Resucitado al partir el pan y se convirtieron en sus testigos.

No hay que dar fácilmente la fe como presupuesta y descontada. El encuentro con Cristo se verifica realmente cuando va cambiando la vida en todas sus dimensiones: en los afectos y amistades, en los estudios y trabajos, en las diversiones, en el uso del tiempo libre y del dinero, en el modo de mirar toda la realidad y vivir los gestos cotidianos. Nada puede quedar ajeno a esa conversión de vida. Todo lo convierte en



más humano, en más verdadero, en más feliz. Todo lo abraza con un amor transfigurador, unitivo, vivificante. "El que está en Cristo es nueva creación" (II Cor. 5, 16). "¡Mi vida es Cristo!", exclamaba San Pablo. Y esto no es el mero resultado de un esfuerzo moral, ni la aseguración contra las inevitables opacidades y caídas, sino el fruto de la gracia misericordiosa de Dios, de un renovado encuentro con Cristo que se vive y crece en la comunión de la Iglesia.

### **La Iglesia, madre y maestra**

Este siempre renovado encuentro con Cristo, la educación de la persona en la fe, el crecimiento del "hombre nuevo" y la "mujer nueva" en todas sus dimensiones, la inteligencia de la fe que se vuelve inteligencia de toda la realidad, no implica un camino que puede ser recorrido aisladamente, por el individuo sólo, limitado a sus frágiles fuerzas. Jesucristo no es un lejano y devoto recuerdo de lo acaecido históricamente hace dos mil años. Es el "Emanuel", el Dios con nosotros, cumpliendo la promesa de estar junto a nosotros hasta el final de los tiempos. Ha querido, pues, ser contemporáneo a todo hombre, de todo tiempo y lugar, en su Iglesia, Su Cuerpo presente, el sacramento de su Presencia, la compañía de sus apóstoles y discípulos, que continúan su misión. Por el bautismo, partícipes de su muerte y resurrección, nos convertimos en hijos de Dios, miembros del Cuerpo de Cristo, templos del Espíritu Santo, ciudadanos del Reino de Dios. Ese misterio de comunión se refiere, a la vez, a la Iglesia y a la Eucaristía.

La personalidad cristiana crece incorporando todas las riquezas de gracia, santidad y cultura, todo el patrimonio de enseñanzas, que tienen su fuente en el Evangelio de Cristo y que son transmitidas por la tradición mediante el ministerio de los Sucesores de los Apóstoles en comunión con el Sucesor de Pedro. El "Año de la Fe" que ha convocado el papa Benedicto XVI, precisamente a los 50 años de la apertura del Concilio Vaticano II y del vigésimo aniversario de la publicación del "Catecismo de la Iglesia católica" ha de ser un tiempo de gracia y exigente de conversión para que los cristianos renueven ese encuentro con el Señor, redescubran los contenidos fundamentales de su fe y la comuniquen con convicción y entusiasmo. En las "indicaciones pastorales" para este Año de la Fe, la Nota de la Congregación vaticana para la Doctrina de la Fe recomienda un "diálogo renovado y creativo entre fe y razón, a través de simposios, congresos y jornadas de estudio, especialmente en las universidades católicas".

Madre y maestra, la Iglesia se sirve, entre muchas otras instancias, de las propias instituciones educativas, para dar testimonio de una fe amiga de la inteligencia, presidida por el *gaudium de veritate*, tan querido por San Agustín, esto es, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento. A ellas les toca demostrarse capaces, precisamente en la investigación, docencia y formación profesional, de conjugar inseparablemente la calidad cultural con una propuesta seria, explícita, sin inhibiciones, de la fe cristiana como hilo conductor de todo el proceso educativo. Lo logrará si cuenta con un plantel, o al menos un núcleo irradiante, de conducción y docencia totalmente comprometidos con la tarea de hacer de la identidad católica de la Universidad una realidad fecunda, creando un ambiente comunitario en el que se respire libertad, amor y verdad, apasionado por la vida y el destino de todos los que comparten la vida universitaria, volcada desde su contribución original al servicio de la misión de la Iglesia y de las necesidades y



desafíos de la sociedad, teniendo en cuenta especialmente aquella afirmación artiguista, pero ante todo de neto cuño evangélico, de que “los más pobres sean los más favorecidos”.

**Dr. Guzmán M. Carriquiry Lecour**  
Secretario de la Comisión Pontificia para América Latina

Montevideo, miércoles 28 de marzo de 2012